

**ALGUNA MUESTRA DEL QUEHACER HUMANISTA DE E. MARTINO,  
TRADUCTOR.  
RECUERDOS DE UN SABIO ESTUSIASTA Y TENAZ. SU PRESENTACIÓN  
DEL “BEATUS ILLE”**

MIGUEL DÍEZ R.

**RESUMEN**

Tras unas líneas de introducción personal a la obra de Martino, pretendo poner de relieve una de sus aportaciones más valiosas y más olvidadas: la presentación en un castellano preciso y precioso de las mejores poesías en todo el mundo que han seguido la huella del *Beatus Ille* de Horacio

**ABSTRACT**

After a few lines that serve as a personal introduction to the work of Martino, I intend to bring to the fore one of his most valuable yet forgotten contributions: his presentation, in an impeccable style, of the best poems worldwide that have followed the footsteps of Horace's *Beatus Ille*.

Fui alumno del P. Eutimio Martino -década de los 50, en los años 50-54 en el Seminario Menor de Comillas (Santander), en La Cardosa, al lado de la Universidad Pontificia. Un lugar privilegiado sobre el mar: Peña Redonda, la playa de Oyambre... Al oeste, a lo lejos, los Picos de Europa, y, descendiendo, al sur de la colina de la universidad y el seminario, el pueblo de Comillas, la plaza de la Iglesia, el puerto, el Palacio de Sobrellano, el Capricho de Gaudi... Sin olvidar la estatua del primer marqués erguida frente al mar y el hermosísimo cementerio coronado en su entrada por un espectacular Ángel Exterminador.

Lo mejor de los estudios en Comillas eran las Humanidades: el latín y el griego, la literatura, las lecturas, las redacciones...Pues bien, el P. Eutimio Martino era profesor de Humanidades, en los cursos de Retórica, e impartía una asignatura denominada **Poética**.

Recuerdo cómo nos comunicaba y contagiaba su pasión por las grandes obras literarias de los clásicos griegos, latinos y españoles. Enseñaba como ya no se acostumbra: contagiando.

Los protagonistas de *La Iliada* de Homero, Héctor y Aquiles, se convertían, gracias a su palabra, en personajes presentes y admirados. Para algunos de nosotros prevalecía Aquiles como gran héroe por su fuerza y su amistad con Patroclo, y, para otros, el personaje más admirado era

Héctor por su humanidad -¿cómo olvidar la escena de la despedida de su mujer Andrómaca? Uno de los pasajes más hermosos de la literatura universal.

Los más famosos poemas de nuestros Siglos de Oro nos los hacía presentes con su lectura apasionada y sus preguntas directas, que servían de acicate para su comprensión, completado todo este proceso didáctico con la memorización de alguno de los textos más significativos. Siempre tendré presente su postura paseando por la tarima, ligeramente inclinado, en silencio durante un buen rato y con la mano derecha en la barbilla.

En un manoseado cuaderno de aquellos tiempos de Comillas conservo, con otros muchos textos, un cuento popular en bable (dialecto astur-leonés) que puede ser que nos lo dictara y comentara el P. Martino, y, aunque no lo pueda afirmar totalmente, sí le pegaría mucho. Un cuento, por cierto, que, tomado de aquel viejo cuaderno, mi mujer y yo lo incluimos muchos años después en *Relatos populares del mundo*, una antología comentada publicada en la colección Austral:

### A VACA Y EL LLOBU

**Y era una vez una vaca y escapóuse pa unos praus con la cuarda arrastrandu y metióse en unos praus. Craro, como escureceu, vino el llobu y díjole a vaca:**

—Voite a corriere,

**Y díjole ella:**

—Cómeme, pero espera que me farte, que tengo mucha fame.

—Y dixo el llobu—: Nu sea que me dei un rebelo d’escapare, átame con esta cuarda.

**Y a vaca tenía a cuarda presa enos cuornos y amarróu o llobu bien amarráu. De que viu que ya’staba, tiróu a vaca a es-capare como si le hubieran picáu moscas, Y el llobu:**

—¡Jo, vaca! ¡Jo, vaca! —Y el llobu arrastrandu—: Si Dios no lo remedia y a sogá nun quebranta, vamos parare a casa el amu la vaca.

**Con que a vaca vieno, el amu, al vere aquella estremullina, bajó pa abaixo, pillóu el macháu y, con el alma quele foi a daré, pegóu na cuarda y cortóula. Y escapóu el llobu.**

El P. Martino tuvo con nuestro curso una especial relación y él fue el que escribió la letra de nuestro himno juvenil a la que puso música el P. José Ignacio Prieto, himno que se hizo famoso por su acierto literario y musical:

**En el alba radiante de la vida,  
sin descanso y al ritmo del amor,  
cincelamos la piedra de los sueños  
para el templo que alzamos al Señor.**

*Piedra a piedra, golpe a golpe,  
ritmo a ritmo, sol a sol,  
ni una grieta que rasgue nuestro muro,  
ni una sombra que empañe su fulgor.*

**Se refleja en la piedra que tallamos  
el misterio del gozo y del dolor**

**y se estrellan las olas de ilusiones  
en la roca granítica de Dios.**

*Piedra a piedra, golpe a golpe,  
ritmo a ritmo, sol a sol,  
ni una grieta que rasgue nuestro muro,  
ni una sombra que empañe su fulgor.*

Me acuerdo que en uno de los campamentos de verano que organizaba el comillés Garde, el único cura español con el título de Jefe de Campamento del Frente de Juventudes, allá en El Escorial –“Santa María del Buen Aire” se llamaba - acampábamos un grupo de seminaristas de Comillas en nuestras tiendas de campaña, separados del resto del campamento y sin la parafernalia falangista, y, cuando al atardecer, regresábamos desfilando y cantando nuestro himno, los jefes del campamento general del Frente de Juventudes exclamaban: “¡Qué mal desfilan estos seminaristas, pero qué bien suena ese hermoso himno!”

El P. Martino tuvo mucha relación con mi familia durante su larga estancia en León. A mi padre, escritor, muy aficionado a la poesía y entusiasta del mundo rural, le dedicó un librito suyo titulado **La vida del campo. Antología Poética. Perficit-Colegio S. Estanislao, Salamanca, 1967**, hoy inencontrable.

Se trata de una recopilación, relacionada con el viejo tópico literario de “Menosprecio de corte y alabanza de aldea”, que recoge poemas desde Homero (Un texto de la *Iliada*) hasta el poeta de la Generación del 27, Vicente Aleixandre, y en el que los textos clásicos del mundo grecorromano están traducidos por el propio P. Martino, y sus autores son introducidos con breves pero jugosas presentaciones. Un pequeño libro que, anotado copiosamente por mi padre, conservo como “oro en paño”.

En el prólogo escribe el autor:

**Un siglo tras otro los poetas han asaltado insistentemente el cercado en busca de la flor de la dicha campestre. Aun los más grandes entre ellos han cedido a su perfume. Y aquí está el ramo, que gracias a ellos hemos formado. Eterna savia de la tierra que subyuga el corazón del hombre. A través de estas páginas puede seguirse la historia de la poesía.**

**Hoy, en una hora de apresurada fuga del campo, detengámonos un momento, vueltos los ojos atrás. Rompamos ya con la metáfora, para sentir una infinita llamada al corazón en el silencio del campo.**

Presento a continuación una breve selección de textos clásicos de dicha antología en la versión española del P. Martino:

**[BEBE ENTONCES VINO...]**

**Cuando florecen zarzas, y chicharra estridente,  
posada sobre un árbol, difunde su chirrido  
al batir de las alas, en el arduo verano,  
son las cabras más gordas, el vino más gustoso**

las mujeres más vivas, más cansinos los hombres.  
Entonces quema Sirio cabezas y rodillas  
y el calor del verano la misma piel reseca.  
A la sombra de roca venga entonces el vino  
con el pan bien cocido, con la leche de cabra,  
la carne de ternera o de cabrito tierno.  
Y bebe entonces vino, después de ya saciado,  
a la sombra, la cara vuelta hacia el viento leve,  
junto a fuente manante, perenne, siempre limpia,  
mezclando tres de agua y de vino una parte.

Hesíodo, (Grecia), S. VII a. C. Los trabajos y los días

**[EL ANCIANO DE EBALIA]**

En Ebalia recuerdo, bajo las altas torres,  
donde el Galeso oscuro riega doradas vegas,  
yo conocí un anciano coricio que tan sólo  
unas pocas yugadas de tierra poseía  
no propias para arado ni para vid ni pastos.  
Pero él entre las matas plantaba sus legumbres  
ciñéndolas de lirios blancos y de verbenas  
y útiles amapolas. Un rey era en contento.  
Ya cerrada la noche, vuelto a casa, cubría  
su mesa de manjares que no fueron comprados.  
Él era en primavera primero en cortar rosas  
y el primero en otoño en recoger los frutos.  
Todavía el invierno los peñascos hendía  
y con freno de hielo frenaba las corrientes,  
cuando él ya cercenaba la rama del acanto  
y acusaba de tardos a primavera y céfiro.  
También era el primero en conseguir enjambres  
de colmenas fecundas y la miel espumosa  
de exprimidos panales. Plantaba pinos, tilos.  
Y cuantas flores nuevas le mostraban los árboles  
tantos eran los frutos que al otoño cogía.

Virgilio (Roma), 70-19 a. C. Geórgicas, IV

**[DELIA, SEÑORA DE LA COSECHA]**

Yo seré campesino; Delia será señora  
de la cosecha ardiente que bajo el sol se trilla  
y guardará las uvas en canastillos llenos  
y los mostos con plantas veloces exprimidos.

**Contará los rebaños; en su regazo amante  
ha de jugar el hijo retozón del esclavo.  
Ofrendará las uvas al dios que da las vides  
Y espigas por las mieses y por la grey, comidas.  
Ella lo rija todo, solícita de todo,  
mientras yo me complazco de no ser nada en casa.  
Vendrá Mesala a vernos y ha de brindarle Delia  
los sazonados frutos de los mejores árboles.  
Y, atenta con el huésped ilustre, le festeje  
y ella misma en la mesa los manjares sirva.  
Estos eran mis sueños. Mas los vientos ahora  
los lanzan hasta Armenia, madre de los perfumes.**

Tíbulo (Roma), 54?-19 a. C. Libro 1, 5

El famoso tópico literario de la literatura universal *Beatus ille* (“Dichoso aquel”) tiene su origen en el Épodo II del gran poeta latino Horacio (65-8 a. C.). Se trata de un ideal estoico basado en la ausencia de pasiones —ambición, codicia, avaricia, envidia, vanidad...— y en vivir en paz y de acuerdo con uno mismo, sin tener que supeditarse al ajeno arbitrio.

Este ideal encuentra su más perfecta realización en la sencilla y tranquila vida retirada en el campo, en soledad, en contacto con la naturaleza y lejos del «mundanal ruido», de las preocupaciones de la ciudad y de la Corte.

La versión del P. Eutimio Martino es, seguramente, una de las más logradas del famoso poema de Horacio, por el dominio que nuestro profesor tenía del latín clásico al que se unía su sensibilidad poética.

**Dichoso aquel que lejos de negocios,  
como la antigua raza de los hombres,  
paternos campos con sus bueyes ara  
sin interés de usura.  
Ni, soldado, despierta al toque hiriente  
del clarín, ni le asusta mar airado.  
Evita el foro y las soberbias puertas  
del hombre poderoso.  
Se ocupa en enlazar erguidos álamos  
con las crecidas vides  
o mira al fondo de cerrado valle  
cómo vagan rebaños mugidores.  
[...]  
Ama tenderse bajo vieja encina  
o sobre espesa hierba;  
fluyen las aguas por el hondo cauce  
mientras plañen las aves en el bosque.  
Y el rumor de las aguas deslizantes  
invita a leves sueños.  
Cuando el invierno del tonante Júpiter**

**lluvias y nieve envía,  
tal vez ojea con sus muchos perros  
los jabalíes a tendidas redes  
o pone sobre estacas mallas densas,  
trampa a voraces tordos;  
y caza liebres tímidas y grullas  
en el lazo caídas, gratos premios.  
[...]**

**Y encerrando su próspero ganado  
tras la cañiza del corral, exprime  
las ubres atestadas; luego saca  
del tonel vino propio y condimenta  
manjares no comprados.  
[...]**

**Disfrutando esta mesa, qué delicia  
ver las ovejas retornar saciadas  
y los bueyes cansados, arrastrando  
el invertido arado sobre el cuello  
y los esclavos, como enjambre, en torno  
del hogar esplendente de riquezas.  
[...]**

Si tuviera que escoger la más excelente versión, la que más me complace, de los textos clásicos realizada por el P. Martino en su libro *La vida del campo*, no dudaría en elegir la titulada “El anciano de Verona” de Claudio Claudiano, el último de los poetas clásicos latinos, nacido en Alejandría y muerto en Roma (c.a. 370-404 d. C).

Este hermoso poema, que constituye un hito muy importante en el tratamiento del tópico literario *Beatus ille*, lo recogimos mi mujer y yo del libro de mi recordado profesor y lo incluimos en la Antología comentada de la poesía lírica española, publicada en la Editorial Cátedra.

**Feliz quien la vida pasa en los paternos campos  
y la casa que le vio niño la mira anciano.  
Que apoya el bastón en tierra que anduvo a gatas  
y tres generaciones cuenta en la misma casa.  
No le arrastró Fortuna en su tumulto vario  
a beber otras aguas, hecho huésped de un rato.  
Ni, mercader, temió el mar ni, soldado, trompetas  
ni padeció el rumor del foro con sus contiendas.  
Sin conocer el mundo y aun la ciudad vecina,  
disfruta de horizonte más abierto a su vista.  
Su edad cuenta por las cosechas y no por cónsules  
y conoce al otoño en frutos y a mayo en flores.  
En su campo nace y muere el sol cada día;  
el sol que le dice las horas conforme gira.**

**Él recuerda la enorme encina cuando era arbusto  
y se hace viejo con el bosque del tiempo suyo.  
Es para él su Verona como India remota  
y el río Bénaco igual que el mar Rojo y sus costas.  
Viajen otros hasta Iberia, última lejanía;  
Ellos tendrán más viaje pero él tendrá más vida.**

No sé si en aquellos felices y lejanos tiempos el P. Martino ya nos daba noticia de estos poemas clásicos latinos de la vida del campo, pero lo que sí recuerdo perfectamente es su lectura y comentario apasionados, como siempre, de la oda de Fray Luis de León, *Vida retirada* (¡Qué descansada vida...), uno de los poemas más famosos de la Literatura Española que sigue muy de cerca al Épodo II de Horacio, porque, y es bien sabido, la imitación de los temas clásicos de la cultura grecolatina – como es el caso del tópico horaciano- fue muy frecuente en los poetas del Renacimiento (siglo XVI). El poema de Fray Luis de León es un ejemplo paradigmático.

En mi larga vida de profesor de Literatura –durante casi cuarenta años- siempre tuve por modelo al P. Martino en cuanto a la lectura apasionada y contagiosa de los textos, a la interacción mediante preguntas y respuestas directas, -el viejo método socrático-, a la memorización de famosos poemas y su recitación en alta voz por toda la clase.

Su recuerdo, siempre presente y entrañable, es mi mejor aportación en este libro-homenaje al P. Eutimio Martino.

Termino con una referencia muy personal.

No hace mucho tiempo, en la Casa de León de Madrid, el P. Martino nos decía que, aunque recluso en el retiro de Villagarcía de Campos, en la horizontalidad de la tierra castellana, “*de vez en cuando me escapo hacia el norte de Sahagún y regreso a mi montaña, porque todavía tengo el viejo Suzuki, que sube muy bien las cuestas*”. Y entonces le recordé que, aunque él no se acordara, fui yo quien le dio las primeras lecciones prácticas de conducción en las Eras de Renueva de León.